

Jesús tenía conciencia del poder del mal, así como de las tentaciones y tribulaciones que ese poder provocaba en los más débiles, quienes en medio de su dolor se “agarraban” de cualquier cosa con tal de curarse, y esto hacía crecer en ellos la superstición y la desconfianza en el poder y la bondad de Dios.

El corazón endurecido de los hombres –según Jesús– es el origen, la causa, de todo mal. El egoísmo, la intransigencia, la injusticia, el orgullo, la discriminación... son causa de muchos males, comenzando por la pobreza que conlleva el hambre o al menos, la mala alimentación, la insalubridad, la falta de medicamentos o de ropa adecuada para el frío.

Las comunidades cristianas han heredado, del Maestro entre otras cosas, la preocupación por los más necesitados, y a través de sus instituciones: hospitales, escuelas, y entre nosotros de Cáritas, extienden la mano fraterna a todo el que necesita ayuda, sin excluir por razones de creencias, militancia política, raza etc. a nadie. Durante los huracanes del año anterior, así lo han demostrado.

RECORDEMOS QUE:



Ayudar al anciano a sentirse bien, no es sólo facilitarle alimentos y medicamentos, porque la llegada a la ancianidad es vista por ellos, generalmente con una mezcla de temor y de recelo, sobre todo en aquellos casos en que no pueden contar con el apoyo

de una familia. Tal es el caso de las personas que no tuvieron descendencia o que los hijos están fuera del país o lejos, en el interior de Cuba y se ocupan poco o nada de ellos.

No basta con tener garantizada una pensión o una ayuda económica de los parientes ausentes, porque está presente en los ancianitos, el sentimiento de soledad y la no menos alarmante convicción de tener que depender de otros para realizar aquellas cosas que antes hacían por sí mismo.

contigo

**Boletín mensual de Pastoral de la Salud
Parroquia Ntra. Sra. de Montserrat
Enero 2009. Nro. 2**

Amigo enfermo: A veces, ante el dolor intenso y las limitaciones que producen la enfermedad, estamos tentados a desconfiar de la bondad de Dios o de su poder... la siguiente historia nos puede ayudar a resistir esa tentación y reafirmar nuestra convicción de que Dios nos escucha y nos ama, y muchas veces responde nuestra súplica de la forma más inesperada.

EL BUZÓN DEL CIELO

Había, en un barrio de nuestra ciudad una niña pequeña cuyo padre –además de pobre– estaba enfermo. En la catequesis de la parroquia, la profesora les hablo, por estos días de Navidad, de la bondad de Dios, de su poder y de la confianza que debíamos poner en Él. Eso hizo que a la niña se le ocurriese la idea de escribir una carta al Señor pidiéndole la salud para su padre y un poco de comida que tanto necesitaban su padre, su hermanito menor y ella misma.

Escribió la carta y puso esta dirección en el sobre: “Al buen Dios en el cielo”. Después corrió a la Iglesia y comenzó a intentar introducir la carta en la alcancía de las limosnas, pensando que aquél era el “buzón del cielo” donde se depositaban las cartas



dirigidas a Dios, cuando se le acercó una señora y le preguntó qué estaba haciendo.

La niña le contó su dolorosa historia. Entonces la señora le dijo: –No te preocupes, dame la carta y yo haré que llegue a su destino–. La niña le entregó la carta y se marchó a su casa llena de confianza de que llegaría a las manos de Dios.

A la mañana siguiente, aquella señora hacía llegar a la humilde vivienda de aquella niña una gran cesta llena de alimentos de todo tipo. La cesta llevaba una tarjeta que decía: “Respuesta de Dios” y muy poco después se presentó un médico para visitar y tratar al padre enfermo de la pequeña.

La esperanza redobla nuestras energías. Teniendo esperanza podemos seguir adelante cuando otros nos aseguran que ya no se puede más. Mientras tengamos esperanza viviremos, cuando ya no hay esperanza a lo sumo subsistiremos y subsistir, no es vivir... graba esto y en los momentos difíciles de tu enfermedad pídele al Señor que te conceda la virtud de la Esperanza.

JESUS, LAS ENFERMEDADES Y LOS ENFERMOS

(segunda parte)



La actividad curativa de Jesús era bien conocida por la primera generación de cristianos, es decir, por sus contemporáneos y por los que se convirtieron a la fe cristiana durante la segunda mitad del primer siglo. Estos primeros seguidores tuvieron que discutir mucho y defender al Maestro de las acusaciones que le hacían los judíos, quienes decían que curaba por los poderes que le había otorgado el demonio.

Ciertamente, Jesús reaccionó con fortaleza de las acusaciones y malos entendidos que se hacían, porque como hemos apuntado, para sus contemporáneos la enfermedad era consecuencia de un castigo de Dios y quienes enfermaban estaban “poseídos” por el demonio.

Por eso toda curación la realizaban los judíos mediante un exorcismo, es decir, ritos para expulsar del enfermo al demonio. Jesús, en cambio, antes de curar preguntaba al enfermo si tenía fe en Dios y confianza en Él.

La llegada del Reino de Dios proclamada por Jesús, incluía la destrucción del mal en todas sus manifestaciones, liberando al hombre, sobre todo al enfermo, al pobre y al marginado de la carga de desprecio y temores que le cargaban sobre sus espaldas los “doctores de la Ley” de su tiempo.

Para proclamar la llegada de ese Reino de Dios, Jesús se insertó en la vida de su pueblo, por eso asiste a la sinagoga cada sábado y allí participa activamente, leyendo las escrituras, discutiendo su significado y curando a los enfermos de todo tipo.

Y quienes le escuchaban y le veían actuar se daban perfecta cuenta de la diferencia entre Jesús y los escribas, doctores e intérpretes de la Ley de Moisés. Tenían bien presente que Jesús no hacía distinción de personas y que estaba mucho más cerca de los pobres que de los poderosos.

Debemos tener presente que también ayudó con su poder a algunos que necesitaban de Él, como aquel centurión romano, jefe militar de numerosos soldados, que le implora que salve a su hija que está enferma.